

M 861
R.P.

PA 7297

.R 46

M 5



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

ES PROPIEDAD

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

MADRID, 1893.—Est. Tip. Sucesores de Rivadeneyra.
Paseo de San Vicente, núm. 20.

Taller de fotograbado de LAPORTA.

ESTROFAS

83301



A MI MADRE

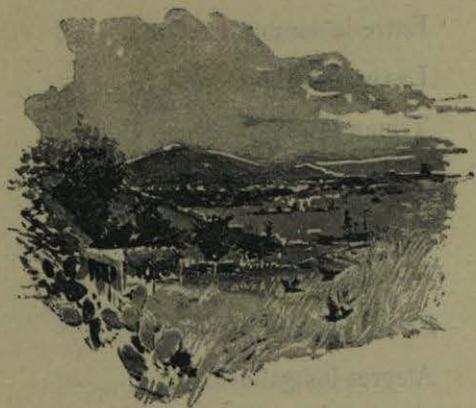
¡Oh! cuán lejos están aquellos días
En que cantando, alegre y placentera,
Jugando con mi negra cabellera,
En tu blando regazo me dormías.

Con qué grato embeleso recogías
La balbuciente frase pasajera,
Que por ser de mis labios la primera,
Con maternal orgullo repetías.

Hoy que de la vejez con el quebranto,
Mi barba se desata en blanco armiño,
Y contemplo la vida sin encanto;

Al recordar tu celestial cariño,
De mis cansados ojos brota llanto,
Porque pensando en ti, me siento niño.

1884.



EL ALBA

(EN LA SIERRA)

Ya amanece: el horizonte
Dibuja pálida faja,
Orla del manto nocturno,
Diadema de la alborada.
En Oriente las estrellas
Palidecen y se apagan,
Y sopla el viento más frío
Anunciando la mañana.

Entre la sombra que cubre
Las espesas enramadas,
Trinan los *madrugadores*,
Y sus aromas exhalan
El *oyamel* y el *ocote*,
Los cedros y las lianas.
En los ranchos silenciosos
Alegres los gallos cantan,
Que ya ilumina el paisaje
Incierta la luz del alba.
Ya se oyen desde los prados
El tañir de la campana
Y el balido de la oveja
Y el mugido de las vacas.
Cruzan de tordos parleros
Negras revueltas parvadas,
Que descienden de los bosques
Sobre la fresca labranza.
Divísanse los senderos
Que suben por la montaña,

Relucientes y sembrados
De pura y brillante escarcha.
De azul se tiñen los cielos,
Las nubecillas de grana,
Ostentando la llanura
Sus alfombras de esmeralda.
Los vapores de la noche
Huyen como nube blanca,
Hasta posarse en las crestas
Ó morir entre las ramas.
Despiden los *jacalitos*
Columnas de humo azuladas,
Y el canto de los *rancheros*
Que al trabajo se preparan,
Se mezcla confusamente
Con el rumor que se alza
Cuando después de la aurora
Vivífico el sol derrama
Sobre el mundo que despierta
Su luz esplendente y clara.



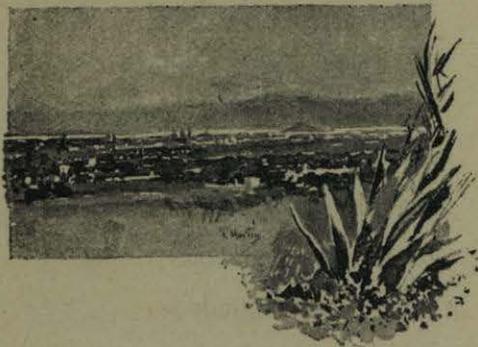
EL MEDIODÍA

(EN LA COSTA)

Radiante el sol meridiano
Lanza torrentes de fuego,
Y sus ondas luminosas
Aduermen al manso viento.
De aquella calma profunda
Sólo interrumpe el silencio
El ronco mar que sus aguas
Azota estruendoso y fiero,

De los apartados morros
Contra los peñascos negros,
Que ya se cubren de espuma
Y ya aparecen enhiestos.
Ni un barco sobre las olas,
Ni una nube sobre el cielo:
Parece el cielo un abismo,
Parece el mar un desierto.
Lánguidas cuelgan las hojas
Del altivo cocotero,
Lánguidas flotan las palmas
Del *cayaco* gigantesco;
Fuego circula en el aire
Y el azul del firmamento,
Como de flotantes llamas
Envuelve rojizo velo;
Sobre las ondas del río
Se inclina el mangle soberbio,
Y buscando grata sombra
Calla el *zanate* parlero.

Al abrigo de la hierba
Los esmaltados insectos
Enmudecen, respetando
El silencioso misterio.
Duerme la verdosa iguana
Sobre un tronco de árbol seco,
Duerme el caimán perezoso
A la orilla del estero.
Los loros y guacamayos
Se agrupan bajo los cedros,
Inmóviles, mientras llega
El terral húmedo y fresco.
Huye el *guaco* á la cañada,
Y el tigre con paso incierto
Sigue el rumor del arroyo
Que sale á buscar sediento.
Terrible es aquella calma,
Pavoroso aquel silencio,
Que sólo el mar interrumpe
Con su monótono estruendo.



LA TARDE

(EN EL VALLE DE MÉXICO)

Está moribundo el día
Y el sol poniente colora
Las nieves del *Ixtacihuatl*
Con los tintes de la rosa.
En un cielo de turquesa
Ligeros crespones flotan,
Nubes de púrpura y grana
Que oro mienten con sus orlas.

Sobre los tendidos lagos
Las brisas murmuradoras
Van recogiendo el perfume
De las frescas amapolas,
Del mirto y del *zempazuchil*,
De las clavellinas rojas,
Del *cacomite* atigrado,
De la azucena olorosa.
En grato vaivén se agitan
Los *tulares* si les toca
El aliento de la tarde
Que va impregnado de aromas.
Las flores en las *chinampas*
Inclinan ya sus corolas,
Y el mirasol languidece
De la tarde con la sombra.
Forman alegre concierto
Los gorriones, en las hojas
De fresnos y *capulines*,
En cuyas ramas se posan.

El vuelo tienden las garzas
Buscando la selva umbrosa,
Y al abrigo de las trojes
Retíranse las palomas.
Se oye el rumor á lo lejos
De las reses mugidoras
Que llegan á los establos
Ó á los potreros retornan.
Por el lago transparente
Cruzan pesadas canoas
Ó *chalupas* que ligeras
Mueven apenas las olas.
Sembrado se mira el valle
De haciendas, pueblos y chozas,
Y en medio de ese conjunto
México que se corona
Con cien torres que reflejan
Esa luz que seductora
Las nieves del *Ixtacihuatl*
Tiñe de carmín y rosa.

LA NOCHE

(EN LA MONTAÑA)

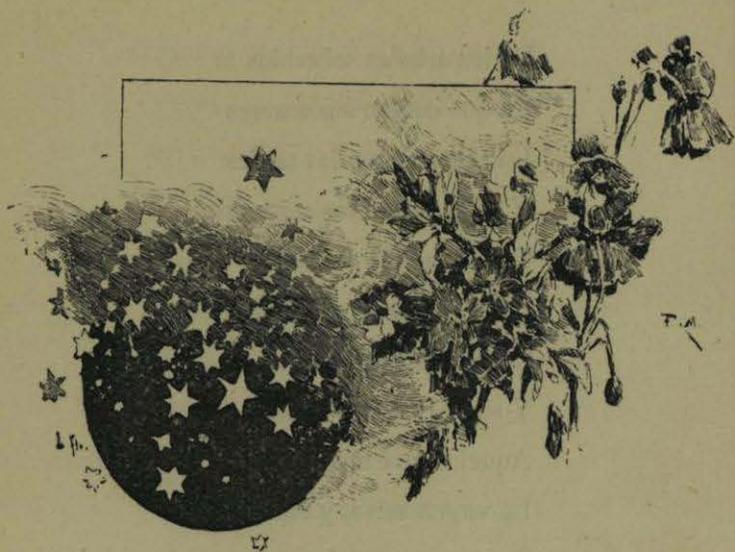
LA noche envuelve á la tierra
Con sus negros pabellones,
Y en el espacio infinito
Brillan miriadas de soles.
Espléndida se levanta
La luna en el horizonte,
Y vaporosos celajes
Sus blancas luces recogen.
No es la imagen de la muerte
Dentro las selvas la noche,



Que se alzan por todas partes
Dulces y extraños rumores.
El eco de los torrentes
Viene de lejano bosque,
Mientras al brillar la luna
Cantan, sin saberse en dónde,
Pájaros desconocidos,
Desconocidas canciones.
Se oye crujir la maleza
Y luego el pesado roce
De los tigres que en la loma
Cruzan *pujando* feroces.
Aullan en las cañadas
Los lobos y los *coyotes*,
Y brillan entre la hierba
Mil insectos zumbadores,
Que como estrellas perdidas,
Fosforescentes, veloces,
Tan pronto surcan la tierra
Como en las hojas se esconden

De los árboles soberbios
En que cantan sus amores
Los jilgueros en las tardes
Y en la aurora los zenzontles.
Una ráfaga de viento
Llega rápida, y se oye
Crujir el añoso tronco,
Y sordo luego, recorre
Aquel rumor misterioso
La virgen selva, y entonces
Se interrumpen de repente
Todos los otros rumores,
Porque el ángel de las sombras
Cruzando va por el bosque.

México, 1869.



LA VEJEZ

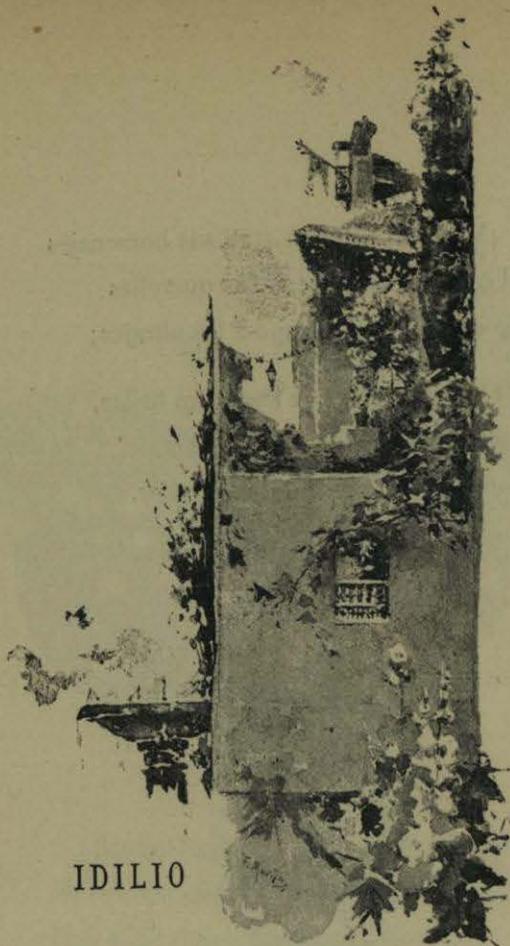
Mienten los que nos dicen que la vida,
Es la copa dorada y engañosa,
Que si de dulce néctar se rebose,
Ponzoña de dolor guarda escondida.

Que es en la juventud, senda florida,
Y, en la vejez, pendiente, que escabrosa
Va recorriendo el alma, congojosa,
Sin fe, sin esperanza y desvalida.

¡Mienten! Si á la virtud sus homenajes
El corazón rindió, con sus querellas
No contesta del tiempo á los ultrajes;

Que tiene la vejez horas tan bellas,
Como tiene la tarde sus celajes,
Como tiene la noche sus estrellas.





IDILIO

Una casita
Sobre una alfombra
De blancas flores y verde grama,
Donde recuestan su fresca sombra
Los arrayanes y la retama.

Entre las juncias
Y carrizales
Un arroyito que corre puro,
Acariciando con sus cristales
La madreSelva que escala el muro.

Blancas ovejas
Sobre las lomas,
Tordos parleros por los sembrados,
Y en dulce arrullo blancas palomas
En los aleros de los tejados.

Cabe las puertas
Y en las ventanas,
De roja hiedra fresca cortina,
Y por los patios cruzando ufana
En raudo vuelo la golondrina.

Entre los fresnos
Aves cantando,
Junto al estanque lirios y rosas,

Y por las flores, ledas buscando
El dulce néctar las mariposas.

Y tú á la sombra.
Cerca del río,
El verde musgo por blando lecho,
La trova oyendo que el pecho mío
Manda á que more dentro tu pecho;

Y allí pintando
Mi amor ardiente,
Y contemplando tus bellos ojos,
Húmedos besos sobre mi frente
Pondrán temblando tus labios rojos.



LA
SIESTA

Aquí, bajo la copa
Flotante del palmero,
Que altiva se dibuja
Sobre el espacio azul,
Á orillas de las aguas
Tranquilas del estero
Y cerca de las ondas
Del mar que ruge fiero,
Aguardo en nuestra hamaca,
Hasta que llegues tú.

Te espero, ven, señora;
Pasó de la mañana
La brisa fugitiva,
Y el sol abrasador
Marchita la azucena
Que se columpia ufana,
Y del gigante cedro
La cariñosa liana
Afloja desmayada
Los nudos del amor.

Se ocultan en el bosque
Los tímidos faisanes,
Y en las fangosas grutas
Del tétrico manglar,
Entre los verdes tules
Se aduermen los caimanes,
Los tristes alcatraces
Sin miedo de huracanes
Escuchan en las rocas
Los tumbos de la mar.

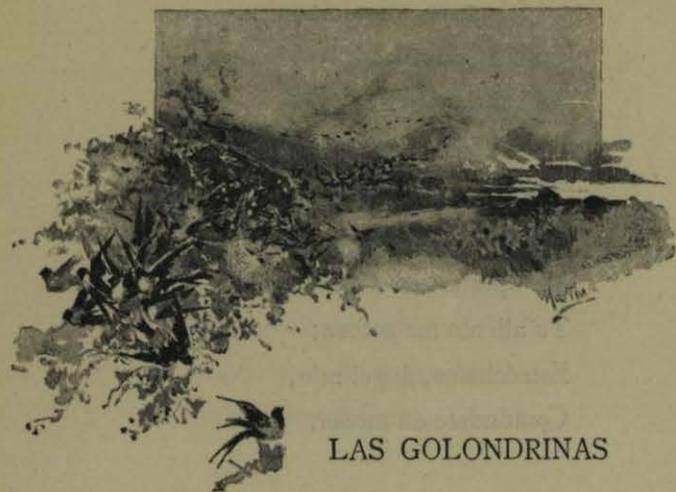
No se oye de las aves
La cántiga sencilla,
No cruza la gaviota
El cielo de zafir;
Ninguna nave surca
Las aguas con su quilla,
Y llegan presurosas
Hasta tocar la orilla
Las olas que en espuma
Se tornan al morir.

Silencio majestuoso
Que guarda los amores.
Señora, ven, te espero,
Acércate, mi bien;
Te envolverán los gratos
Perfumes de las flores,
Y miraré en tus ojos
Brillantes, seductores,
Espléndida irradiando
La llama del placer.

De mirtos y azucenas
Tejida una guirnalda,
Tu negra cabellera
Con ella ceñiré;
Sus flores desprendidas
Sobre tu fresca espalda
Dejando irán sus besos,
Hasta tocar la falda
Donde el encanto asoma
De tu desnudo pie.

Podré, como otras veces,
En tu agitado seno
Tranquilo mi cabeza
Ardiente reposar,
Sintiendo cuál se mueve
Con tu alentar sereno;
Y de placer y amores
Y de ternura lleno,
Sobre tus blandas manos
Mis labios estampar.

¿Llegaste, mi adorada?....
Coloca, sí, coloca
Tu seno junto al mío.
¿Suspiras de placer?
Tus labios seductores
Sellando están mi boca,
Me oprimes en tus brazos,
Tu aliento me sofoca;
Estréchame, ángel mío,
Confúndete en mi ser.



LAS GOLONDRINAS

¿Has visto cómo viene la parlera
Banda de golondrinas bulliciosa,
Cuando en el valle y la floresta umbrosa
Tiende sus galas rica primavera?

¿Y no has visto después cómo ligera,
En busca de otra tierra, presurosa
Huye la banda tímida y medrosa
Al sentir del invierno la carrera?

Así también, la turba cortesana
Llega, de su impudor haciendo alarde,
De la fortuna á la primer mañana;

Pero se alzan las sombras de la tarde,
Ruge la tempestad, aunque lejana,
Y aquella tropa vil huye cobarde.



Prisión Militar de Santiago.



UN RECUERDO

Es un recuerdo dulce, pero triste,
De mi temprana edad:
Mi madre me llevaba de la mano
Por la orilla del mar.

Alzábanse las sombras de la tarde
Como pardo cendal,
Y á gritar comenzaba en la cañada
El huaco pertinaz.

Cantaban los tropiales en el bosque
Con dulce suavidad,
Los penachos del mangle caballero
Agitaba el terral,

Y de la balsa entre los verdes musgos
Acechaba el caimán,
Y bajaban los peces á sus nidos
De concha y de coral.

Zumbaban los insectos en el bosque
En su continuo afán,
Y en medio á los rumores dominando
Los tumbos de la mar.

Mas de improviso atravesando el viento
Escuchóse fugaz
De las campanas de vecina aldea
Tañido funeral.

Detúvose mi madre, y en silencio
La contemplé rezar,

Y de llanto llenáronse sus ojos,
Y se inmutó su faz.

—¿Por qué lloras, mi madre? la decía
Con dulce ingenuidad;
Y ella me contestó dándome un beso:
—Es preciso llorar,

Que con lúgubre toque las campanas
Anunciándome están
Que un hombre, como todos, de esta vida
Pasó á la eternidad.

—¿Y tú te has de morir? la dije entonces;
¿Tu amor me faltará?
Y ella sin contestar, sólo lloraba,
Y yo lloraba más.

Sobre su seno recliné mi rostro,
Y ella con dulce afán
Enjugando mis lágrimas, decía:
—« ¡Vamos, ya está, ya está! »

Pocos años después, perdí á mi madre:
No ceso de llorar,
Y en sueños la contemplo cada día;
Del cielo viene ya.

Llega, se acerca hasta tocar mi frente
Su rostro celestial,
Y con acento tierno me repite:
—« ¡Vamos, ya está, ya está! »

1860.





EL ESCORIAL

Resuena en el marmóreo pavimento
Del medroso viajero la pisada,
Y repite la bóveda elevada
El gemido tristísimo del viento.

En la Historia se lanza el pensamiento,
Vive la vida de la edad pasada,
Y se agita en el alma conturbada
Supersticioso y vago sentimiento.

Palpita aquí el recuerdo, que aquí en vano,
Contra su propia hiel, buscó un abrigo,
Esclavo de sí mismo, un soberano

Que la vida cruzó sin un amigo,
Águila que vivió como un gusano,
Monarca que murió como un mendigo.

1870.





LA CAMPANA

Anunciando la fiesta de la aldea
Matutino repique se desata,
Que lanza, como rauda catarata,
La campana que alegre clamorea.

Mas, triste y melancólica golpea
Y fúnebre el tañido se dilata,
Cuando la muerte un ser nos arrebatata
Y la escarbada fosa el viento orea.

Por eso con profunda simpatía
Escucha el pueblo, y con cariño santo,
Ese tañir que grato le extasía;

Porque á ese bronce, en misterioso encanto
Siempre le oye reir en su alegría,
Siempre le oye llorar en su quebranto.





DUDA

y

FE

Negro estaba y sombrío el firmamento,
Y tú me lo mostrabas;
« Así tengo, dijiste, el pensamiento »,
Y era, porque dudabas.

De bella tarde en apacible calma
Otra vez me decías:
« Como ese cielo azul tengo yo el alma »,
Y era, porque creías.

Luz es la fe, mi bien; sombra la duda;
Con mi amoroso anhelo
Yo le daré, si tu pasión me ayuda,
Luz á tu cielo.



LA MORAL

El ser de la virtud la senda estrecha,
Y la del vicio cómoda y florida,
Verdad es, tan antigua y tan sabida,
Que repetirlo á nadie le aprovecha.

¿Quién no sabe que el malo hace cosecha,
Y que el bueno se pasa triste vida;
Que comenzando iguales la partida,
Éste se muere de hambre, aquél pelecha?

Si de tales premisas la experiencia
Deduce como regla, que los bobos
Son los llamados « hombres de conciencia »,

Si son triunfos escándalos y robos,
Á la moral defino como ciencia
« De preparar ovejas á los lobos ».

México, 1886.

